

# AMAYA

## O LOS VASCOS EN EL SIGLO VIII

---

CON intención más o menos inocente, mucho se ha pedanteado en estos últimos tiempos sobre si es hoy imposible escribir epopeyas dignas del nombre de tales. La cuestión, además de ociosa en sí, ne ha parecido siempre arriesgadísima para los que la resuelven negativamente, pues a despecho de todas sus razones, yo no he visto ninguna plausible para desesperar de que el día menos pensado nos despierte con asordante rumor algún trompetazo de la señora Calliope.

Por supuesto, menester fuera ante todo ponerse de acuerdo sobre qué es una epopeya, y este es precisamente uno de los puntos en que anda más discorde la *Retórica*, como decíamos antaño, o la *Estética* trascendental, como diría hoy cualquiera de los aficionados a hablar en gringo. Para los humanistas a la buena de Dios, que son los del antiguo régimen, epopeya era cualquier construcción poética, que al menos en la fachada se pareciese a la *Iliada* o a la *Eneida*, con tal de que en el interior del edificio anduviese un héroe más o menos fabuloso y más o menos vetusto, hilvanando hazañas más o menos de recibo. Con mucha menor claridad y precisión los estéticos trascendentales no quieren dar cédula de vecindad en las regiones de la epopeya sino a centones histórico-filosófico-poéticos, en que anden a la greña razas con razas, pueblos con pueblos, civilizaciones con civilizaciones, y donde se muestre, con mayor o menor gasto de fuerzas imaginativas, lo que cualquier galo-germano-parlante llamaría *un momento histórico de la evolución de la idea*

La *Amaya* es producción de un ingenio, que respetando con los

antiguos preceptistas las notas verdaderamente esenciales de un poema heroico, ha tomado para su obra todo cuanto hay de racional y justo y asequible en el vago y presuntuoso criterio que acerca de ese género literario ondula entre las nieblas del estetismo flamante. «Novela histórica» la llama modestamente su autor; pero extendiendo al único límite de su zona propia el concepto de lo que en el general idioma literario se llama «epopeya», sin duda merece aquella producción este nombre.

De la fábula tejida por el Sr. Navarro Villoslada, cabe repetir lo que se ha dicho de las novelas de Walter-Scott, que son más verdaderas que la historia. Es la biografía de todo un pueblo, bosquejada desde sus orígenes más remotos, hasta el momento en que se constituye con la plenitud de caracteres que le dan forma de Estado. Es un cuadro vivo o representación drámática de Vasconia, de la *eskualerria*, de esa raza, en fin, que con sello tan privativo conserva su naturaleza original en las dos vertientes del territorio llamado por la moderna geografía Bajos Pirineos, y a la cual franceses y españoles apellidamos en común Provincias Vascas o Vascongadas.

Tierra verdaderamente de bendición, rica en su pobreza, noble sin altivez, culta sin molicie; rincón del orbe donde la autoridad y la libertad se han concertado más armónica y perpetuamente quizás que en otro alguno; donde con más fidelidad y menos rudeza se reproduce tal vez la imagen del antiguo patriarcado, y sin duda la región menos accesible a los deletéreos influjos del espíritu moderno.

El Sr. Navarro Villoslada, oriundo de esa tierra, gozoso y orgulloso de tan ilustre patria, la ofrece hoy el tributo de ya numerosos lauros artísticos ganados en buena lid, dedicándola, no un mero recuento, sino un pintoresco retrato de las bellezas naturales que la avaloran, de las hazañas que la enaltescen, y aun también allá en lontananza, de las glorias que todavía la esperan. Narrándola su historia.

*Sotto il velame de gli versi strani* y cual hábil pintor que al retratar el paisaje a sus pies tendido, escoge el aspecto por donde mejor se descubren sus caracteres propios, sorprende, me atrevo a decir, la vida de aquel pueblo en su período quizás más crítico, acaso por serlo también el de la nación contra cuyos varios dominadores había defendido, desde época inmemorial, su libertad y su independencia.

En efecto, ese período durante el cual formaliza Vasconia su sér político y empieza a ser uno de aquellos Estados que, andando el

tiempo, habían de constituir la grandiosa unidad de España, se deriva principalmente de aquella catástrofe preparada por una traición execrable para inundar con las huestes agarenas aquel imperio fundado por

Ataulfo valiente,  
En cuya heroica frente  
De los godos descansa la corona.

Aquel fué ciertamente el período más épico, si cabe decirlo así, de la historia de España. Allí es donde en un vasto piélagos de grandes virtudes y de grandes crímenes, de maravillosos heroísmos y de infortunios inenarrables, danse cita diversas razas y naciones, ora para luchar a vida o muerte unas con otras, ora para juntarse o confundirse en una idea o en un interés común algunas que en tiempos anteriores habían mantenido entre sí discordias al parecer inextinguibles.

Allí el godo, ya de antes fundido con el romano, como el romano lo había sido con el ibero, firma paces no escritas en protocolo alguno con el vascón, a quien vanamente debeló durante tres siglos, y de todas estas razas se forma un haz compacto para resistir al torrente mauritano y a los afluentes que para engrosarle y aun absorberle le enviaba desde las regiones orientales el Islam, ya entonces casi triunfador de toda Europa. Como tigre que acecha entre los juncales, también el pérfido judío, huésped ingrato y desleal de la noble España, fia del triunfo del sarraceno invasor nuevos medros de su miserable codicia, y busca traidoramente venganza contra los adoradores de la Cruz.

Así comienza y así se perpetúa el combate que había de durar siete siglos. El autor de *Amaya* le divisa en su momento inicial, y le describe atando con el áureo lazo de la poesía las áridas hojas del cronista erudito y las olorosas flores del historiador filósofo. Su obra, pues, ora se mire al asunto, ora a la forma con que se le trata, es una verdadera epopeya. No que en todas sus partes se oiga resonar la épica trompa, ni que aun allí donde se la oye, sea con el acompasado ritmo y graves tonos que el rigorismo clásico exige, antes bien campea toda aquella variedad de modos que al realismo romántico place, y que ciertamente usada con la debida economía, es un tributo prestado a la verdad sin daño de la unidad ni de la belleza. Y aun considerando lo que de suyo pide, no tanto el argumento de la obra, como la escena donde le coloca el autor, bien se adivina que aquí entra por mucho el

idilio, escoltado por todas las demás especies comprendidas bajo el género denominado en común poesía pastoril. Tratándose de la verde Vasconia, era como imposible que hasta en la bocina guerrera dejasen de percibirse algunos ecos del caramillo.

Pero en esto cabalmente consiste uno de los principales méritos de la obra; en que la sencillez del estilo no deslustre la majestad del asunto, y antes bien la avalore por el contraste mismo. Todas las figuras de este cuadro se mueven en el espacio de la realidad, y como la realidad aquí es grande, todo se engrandece por ella.

Riesgo mayor de esta composición era que lo que en ella puede llamarse episódico, absorbiese por su magnitud misma lo que el autor se propuso como asunto principal. Episodio es aquí, en efecto, la caída del imperio gótico, y asunto principal la formación de una Vasconia independiente por consecuencia de aquella catástrofe. Pues bien, el autor ha tenido habilidad para presentar estas dos acciones distintas, logrando no dividir entre ellas el interés de los sucesos ni la atención del lector. Vínculo de unidad es aquí el que media entre la causa y el efecto. ¿Qué prodigioso talismán ha servido para fundir así dos argumentos, cada uno de los cuales basta para ser por sí materia de una epopeya grandiosa?

El acierto del autor ha consistido en pedir a la Historia misma ese talismán. El Catolicismo y la monarquía: estos que podemos llamar factores de la historia de España, términos de aquella síntesis grandiosa que al fin se mostró con toda su realidad y plenitud en el regio tálamo de Isabel I de Castilla y Fernando V de Aragón; el catolicismo y la monarquía, digo, son las dos hebras del nudo con que el Sr. Navarro Villoslada ha logrado, no ya sólo unir, sino identificar las dos acciones que realmente constituyen la sustancia de su poema.

¿Qué va a ser de aquella España gótica redimida por la Iglesia, primero de la esclavitud del paganismo, y después purgada del cisma arriano? ¿Qué va a quedar de la monarquía de Recaredo, triturada ya por la irrupción sarracena, si oyendo Vasconia la voz de antiguos y tenaces agravios, no ve más en la tribulación del godo sino una ocasión de vengarse? Vasconia resolverá, en cuanto a ella pertenece, el problema. Engendrada también a nueva vida por la Iglesia de Cristo, ya no mirará en el godo al implacable enemigo de la *eskualerría*, sino a la Cruz pisoteada por el sarraceno en la regia diadema del godo, y en sus montañas, vírgenes de extranjera dominación, gritará con la voz de un

pueblo: Por Dios y por nuestra libertad erigimos a un rey que nos acaudille para ser barrera contra el agareno, y eco fiel del grito de restauración levantado al par del nuestro en Covadonga.

Aquí está el nudo de la acción: aquí el verdadero asunto del poema. ¿Quién es su protagonista? ¿Cuál de los muchos personajes importantes a quien pone el autor en escena parece sobresalir y anteponerse a todos? Ninguno: ni aun García, primer rey de Vasconia, héroe de la Cruz; ni Amaya misma, su digna esposa, modelo de vírgenes y de princesas cristianas, por cuyas venas corre mezclada la sangre vasca y goda; ni Miguel Goñi, personificación del patriarcado en aquella antigua colonia céltica; ni Amagoya, que a nombre del ya caduco paganismo, se abroga con injusta pertinacia el sumo imperio y el sumo sacerdocio en la raza euskara, y por lo mismo oposición diametral, tanto a la nueva realeza personificada en García, como al patriotismo cristiano de la gigantesca Petronila; ni Eudón, misterioso instrumento de la conjuración judaica, y Gran Oriente de una especie de francmasonería, cuyo esbozo se ha encontrado el autor en las crónicas de aquel entonces..... ¿A qué citar más personajes? Ninguno de ellos, repito, es verdadero protagonista del poema: el verdadero protagonista es el pueblo vasco: éste es el que predomina en todos los lugares y en todos los momentos de la acción, y aun sin duda por entenderlo y haber querido hacerlo así, el autor titula su obra: «Los vascos en el siglo VIII».

Aquí se termina cuanto una reseña bibliográfica puede decir acerca de esta publicación importante, primera, si ya no única de su género en la literatura española. Encarecer ahora lo interesante de su trama como novela, lo espontáneo de su estilo siempre varonil, lo castizo de su lenguaje, y tantas otras condiciones de su forma exterior como la distinguen, sería decir cosa que todo el mundo sabe. El Sr. Navarro Villoslada es uno de los pocos, entre nuestros escritores contemporáneos, que tienen derecho bien ganado a considerarse exentos de cierto linaje de alabanza.

GABINO TEJADO

Noviembre de 1879.

---

---